

El estudio de los movimientos sociales en tiempos de crisis en América Latina. ¿Dónde estamos? ¿Hacia dónde vamos?

[Editorial]

Juan Pablo Paredes P.

Editor invitado

Universidad Católica del Maule

paredesjp@gmail.com

<http://orcid.org/0000-0002-8627-9107>

Miguel Urra Canales

Editor

Universidad Santo Tomás

miguelurra@usantotomas.edu.co

<http://orcid.org/0000-0001-7066-7220>

Cristhian Uribe Mendoza

Editor

Universidad Santo Tomás

cristhianuribe@usantotomas.edu.co

<http://orcid.org/0000-0003-0049-3258>

Citar como:

Paredes, J. P., Urra Canales, M. y Uribe Mendoza, C. (2022). El estudio de los movimientos sociales en tiempos de crisis en América Latina. ¿Dónde estamos? ¿Hacia dónde vamos? *Campos en Ciencias Sociales*, 10(1).
<https://doi.org/10.15332/25006681.7932>



I

Han pasado cuatro décadas desde que, en 1983, el sociólogo boliviano Fernando Calderón publicó su estudio inaugural sobre la “política en las calles” para referirse a una forma de política por fuera de lo institucional y que implicaba la acción colectiva de actores sociales considerados tradicionalmente “no políticos” (Calderón, 1983) —como el campesinado y el mundo indígena— en la ciudad de Cochabamba durante dos décadas (1950-1970). Cuatro años después, el mismo Calderón publicó, al alero de Clacso, su hoy clásico libro compilado *Movimientos sociales ante la crisis* (Calderón, 1986), en el que se constata la relevancia de los movimientos sociales en periodos de inestabilidad social y autoritarismo político. Algunos años antes, en Europa, Alain Touraine, junto a un equipo de

investigadores asociados al Centro de Análisis y de Intervención Sociológicos (CADIS) en Francia, estudiaron la presencia de los movimientos sociales como actores que producen y disputan la configuración de la sociedad. Allí, Touraine desarrolló una teoría de la acción social que tenía en su centro a lo que después se denominó “nuevos movimientos sociales”, con lo cual se abre a estudiar no solo las clases sociales, sino también las luchas urbanas, estudiantiles, y de mujeres, entre otras.

A partir de la influencia de este grupo, y con base en el método de intervención sociológica propuesto por el equipo liderado por Touraine, se publicó en Francia un estudio, realizado en Chile, dirigido por F. Dubet, denominado *Pobladores. Luchas sociales y democracias*, traducido hace unos pocos años al castellano (Dubet et ál., 2016 [1989]), que marca uno de los ejes centrales del estudio de la acción colectiva vinculada a los movimientos sociales en la región —los movimientos de pobladores— y empalma con otras investigaciones que se venían realizando en la región en torno a los pobladores. Pocos años antes, a mediados de la década de 1970, un discípulo porfiado de la perspectiva difundida por el CADIS, Manuel Castells, presentó su trabajo sobre las luchas urbanas (Castells, 1974). Ambas perspectivas fueron las influencias seminales en el texto ya referido de Calderón, aunque las influencias tourenianas pueden rastrearse en más investigadores/as, radicados/as en México, Colombia, Argentina y Chile.

Sin embargo, en paralelo a la irrupción de otros actores sociales, en América Latina se llevaron a cabo varios estudios en los que no se desvinculaba el análisis estructural del análisis de los nuevos actores urbanos, como las teorías de la marginalidad o de la educación popular. Estos trabajos tenían influencias de las teorías dominantes en la región durante la época, es decir, las teorías de la modernización, de la dependencia o la marginalidad (Gohn, 1997). En ellos, se conjugaba el estudio de las clases bajas, el campesinado o el mundo indígena, contenidos en su variedad en la noción de “movimientos populares” (Camacho y Menjívar, 1989).

Posterior a ello, el estudio de los movimientos populares, en clave de movimientos sociales y protestas, alcanzó nuevos horizontes en el estudio de las luchas contra la dictadura y de los procesos de reconquista democrática que le acompañaron, como se deja ver en ciertos trabajos compilatorios (Eckstein, 2001; Seoane, 2003).

Ese fue el escenario general y dominante entre la década de 1980 y los últimos años del siglo XX. Un escenario muy plural en lo relativo a los casos de estudios,

pero más bien restringido en sus abordajes conceptuales y analíticos, en un marco que se movía entre las dimensiones estructurales determinadas por la clase, lo campesino y la inscripción al mundo popular, o el reconocimiento de la dimensión subjetiva de los actores colectivos en un mundo en transformación, mediante las perspectivas de los nuevos movimientos sociales.

Con el reconocimiento de la globalidad de la realidad sociopolítica, es decir, del dominio de la democracia liberal representativa, en la década de 1990 —en tanto procesos sociopolíticos similares o equivalentes ocurrían en otras zonas geográficas—, el neoliberalismo escaló como régimen económico social y aparecieron los medios de comunicación de alcance mundial. Por otro lado, el zapatismo emergió y su fuerte uso de las plataformas informacionales, las luchas alterglobalizadoras y antineoliberales, y las causas antibelicistas se tomaron la palestra en el cambio de siglo, con lo que nuevas perspectivas analíticas fueron ganando relevancia.

Lo anterior significó que los marcos analíticos usados en la región se abrieran a herramientas provenientes de Norteamérica. Asimismo, se dio un acercamiento con una base empírica más robusta y que privilegiaba la categoría analítica de “movilización social” —especificada en la forma de protesta— sobre la de movimiento social, especialmente con la perspectiva propugnada por el sociólogo histórico Charles Tilly, que se basaba en los repertorios de protestas o en la inclusión de la dimensión política institucional mediante la consideración del proceso político, o bien con las herramientas propuestas por su colaborador Sidney Tarrow (2009), mediante el recurso de los ciclos de protesta.

En el intertanto del cambio de siglo, en América Latina los efectos del neoliberalismo se tomaron la agenda, cuyo principal trampolín fue la lucha del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) contra un México que se neoliberalizaba a través de los tratados de libre comercio internacional con EE. UU. Igualmente, el 2001, en el marco de una crisis económica y social producto de la instalación neoliberal, Argentina fue la punta de lanza en el Cono Sur, donde los abordajes socioestructurales y económicos —materialistas— comenzaron a dialogar con las propuestas más culturales y subjetivas —postmaterialistas— y encontramos nuevamente la pluralidad del campo popular, representada por indígenas, campesinado, desocupados y un feminismo comunitario incipiente, en lo que parece ser una constante de la teorización regional.

Gran aporte a la discusión sobre los movimientos sociales latinoamericanos fueron los trabajos de Maristella Svampa, en los que se estableció un diálogo entre los recursos analíticos europeos y norteamericanos, pero aplicados al caso argentino (Svampa y Pereyra, 2003) o a otros casos de la región (Svampa, 2008), y los de Javier Auyero (2003), quien antropologizó la perspectiva de Tilly, específicamente sobre Argentina. Otro ejemplo significativo de esta apropiación y síntesis latinoamericana es el libro *Tomar la palabra. Estudios sobre movimientos sociales y acción colectiva*, sobre el post2001, compilado por Federico Schuster y Francisco Naishtats (2005), en el que, con variadas contribuciones, se establecieron puentes, diálogos y apropiaciones diversas de las herramientas al interior del campo de estudios de los movimientos sociales. Para el caso de Brasil, aunque con una extensión al campo latinoamericano, el trabajo de María Gloria da Gohn (1997) es relevante en su intento por teorizar los movimientos sociales en la región.

El cambio de siglo, en sus primeros 20 años, permitió observar un conjunto de procesos liderados por la consolidación de gobiernos de izquierdas —Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, Uruguay, Venezuela— en los que se desencadenaron procesos de movilización social y popular que, a partir de su descontento con las políticas implementadas por estos gobiernos, se distanciaron fuertemente de sus partidos y apoyos sociales en un proceso que se ha denominado “autonomización de la protesta social de las fuerzas políticas” (Barsteg y Somma, 2015), o en otro registro distinto, pero vinculado, la emergencia de un *ethos* militante distinto del que caracterizó las luchas sociales precedentes (Svampa, 2010).

Surgieron entonces el movimiento estudiantil chileno en sus diversas expresiones (2006-2018), el movimiento estudiantil en Colombia (2010-2012), los movimientos juveniles y estudiantiles en Brasil (2013-2016), las movilizaciones indígenas en Bolivia y Ecuador a partir de ópticas más comunitarias, y el feminismo en Argentina, Brasil, Chile y Colombia desde el 2015. En todas estas expresiones de movilización social pueden observarse procesos de autonomización de las formas de protestas o cambios en la forma de militancia hacia el autonomismo, lo comunal y lo territorial. Los estertores de la década del 2010 marcaron un cambio de rumbo hacia la preponderancia de gobiernos de derechas de continuidad neoliberal o de corte populista autoritario, acompañados de procesos de intensificación del conflicto social y popular, producto del malestar hacia la política; procesos que, si bien están claramente diferenciados, se encuentran muy imbricados entre sí (Paredes et ál., 2022).

En este nuevo escenario, lo común fue la emergencia de formas disruptivas de protestas, con orgánicas inestables, sin una dirección unitaria y con base en una multiplicidad de causas. Bajo la imprecisa etiqueta de *estallidos sociales*, se expresó un variopinto cúmulo de fenómenos contenciosos, colaborativos o disruptivos, identitarios, antagónicos, autonómicos o con miras institucionales, sustentados en la rabia y el malestar, o que gatillaban esperanza y horizontes de dignidad. Este cúmulo de fenómenos dejó ver la heterogeneidad y pluralidad del campo de estudios de los movimientos sociales a escala global, el cual requiere de investigaciones y abordajes que inviten a complejizar las herramientas que hasta el día de hoy hemos utilizado en la región, así como a un ejercicio de imaginación epistémica, teórica y metodológica que no puede sustraerse de las discusiones globales tanto en el sentido de diálogo entre el Norte y el Sur como en los intercambios Sur-Sur.

II

En continuidad con los argumentos anteriores, estamos de acuerdo con Accornero y Gravante (2021) al caracterizar el campo de estudios de los movimientos sociales como un espacio amplio, multifacético e interdisciplinar, en el que convergen disciplinas de las ciencias sociales, del comportamiento, humanidades y artes, y en el que se hacen prioritarios los intercambios en las escalas de investigación, es decir, entre los estudios locales, regionales y globales. En tal escenario, y partiendo de la base de que el intercambio entre diferentes es tanto una realidad como una necesidad, la pregunta que el número actual de la revista *Campos en Ciencias Sociales* intenta instalar es: “¿hacia dónde van los estudios de los movimientos sociales en la región en un escenario crítico como el actual?”

Las contribuciones del número permiten elaborar una suerte de mapa analítico, temático y metodológico de las actuales direcciones, así como las posibles en un futuro próximo. Si bien la cartografía propuesta no puede ser exhaustiva, es una primera aproximación panorámica de lo que se está haciendo en América Latina en el marco de los tiempos turbulentos que hemos experimentado en el cambio de década (Paredes et ál., 2022).

El número inicia con la contribución de Alexander Gamba, a partir de una caracterización de los estudios de los movimientos sociales en la región en la que aboga por la necesidad de una teoría de alcance latinoamericano al interior del campo. Gamba retoma la perspectiva de una teorización latinoamericana de alcance macro y general, incluyendo dimensiones metodológicas y analíticas, y

articula las cuatro aproximaciones tradicionales que el artículo identifica para la región, que van más allá de la pluralidad de estudios acotados y parciales. De esta forma, la propuesta del autor entronca con las pretensiones iniciales de la escuela Toureniana, señaladas anteriormente.

Una alternativa distinta se sigue del trabajo de Natalucci y Stefanetti, quienes, sin ningún ánimo de generalización, se proponen —a partir del análisis de eventos de protesta— dar cuenta de la frecuencia, fisonomía y alcance de las protestas en el contexto de la pandemia y sus restricciones para el caso argentino. Siguiendo de cerca el modelo empírico de la tradición norteamericana, su investigación les permite evidenciar un tipo de expresión de protesta característico del momento, así como revisar algunos alcances a nivel organizacional y político de su acontecer.

Más adelante, el trabajo de Fernando Márquez sobre el conflicto por el derecho al agua en Baja California, México, refuerza el punto de los estudios de caso. Utilizando la metodología de *process tracing* y la etnografía, observa las protestas en defensa del agua ante su apropiación por una cervecería transnacional, aunque amplía la cartografía tanto metodológica como analíticamente, pues vincula el proceso de resistencia local con las perspectivas decoloniales, en especial las latinoamericanas. Con esto, el trabajo se abre a trazar puentes en la óptica de los diálogos Sur-Sur.

Nuevamente, el estudio de caso es la estrategia metodológica que nos permite complejizar el mapa trazado por el número; sin embargo, la ampliación realizada por el trabajo de Olmedo Neri y Martínez Carmona es temática y metodológica. En su artículo, profundizan el estudio de la apropiación de las redes sociales por parte de los manifestantes en situaciones de protesta y movilización social. Mediante el *análisis de redes sociales* (ARS), observan cómo en temas asociados a demandas de reconocimiento de diversidad sexual y derechos sexuales existen limitados avances para el caso mexicano. Así, el texto contribuye a discutir los alcances y limitaciones de la relación entre la movilización social y el uso de redes digitales.

La última contribución de naturaleza empírica, que deja ver otras facetas del mapa, es realizada por García-Feregrino y Dávila-Fisman, a partir de un estudio de caso de las movilizaciones feministas contra la violencia hacia las mujeres en México y su impacto en la agenda legislativa con el ejemplo de la Ley Olimpia. El texto traza el trayecto no lineal ni mecánico entre las arenas de lucha callejera y de redes sociales hacia la legislativa; es decir, de la calle y las redes sociales a la

esfera institucional. Su contribución complejiza el mapa al introducir la problemática de los efectos y consecuencias de las movilizaciones sociales; tema de reciente atención al interior del campo.

Las siguientes contribuciones del número no enfatizan en los casos para iluminar temas, enfoques o metodologías, sino que privilegian la entrada analítica o temática, para a continuación revistar alcances metodológicos y empíricos. Con ellas, el mapa trazado se acerca al carácter multifacético del campo.

En este sentido, el artículo de Poma y Gravante introduce la dimensión emocional en el estudio de las movilizaciones sociales y el activismo de base, y a partir de ello propone un conjunto de lineamientos para el trabajo empírico. Resalta lo que llaman la *perspectiva sociocultural de las emociones*, con especial atención a la propuesta del investigador norteamericano James Jasper, para dar cuenta de una de las caras de la movilización y del activismo; propuesta algo olvidada por la literatura global, aunque recientemente redescubierta.

A continuación, el texto de Mariela Singer resalta otra de las aristas de reciente relevancia en la literatura de los movimientos sociales: las epistemologías y analíticas feministas, junto a la teorización de la diferencia y la política interseccional. A partir de estas aproximaciones, el texto nos refresca las alternativas metodológicas posibles de aplicar en el estudio de las movilizaciones sociales —enfaticando las feministas—, para finalmente analizar el caso reciente de las políticas académicas en Argentina, tomando como ejemplo la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA).

Posteriormente, el trabajo de Débora de Fina profundiza en el tema de la relación entre feminismos, los estudios de la movilización y el activismo sociopolítico, para proponer una alternativa de teorización de las protestas feministas recientes. A partir de las categorías de campos discursivos de acción y ensamblajes activistas, se propone dotar de otra inteligibilidad lo ocurrido con la emergencia feminista en nuestros países, aunque el texto toma como ejemplo el caso chileno. De Fina resalta la capacidad creativa del conflicto a través del concepto de ensamblaje activista, para a partir de ello destacar las potencialidades de las movilizaciones feministas.

Y por último, pero no por ello menos relevante, la contribución de Tamayo y Olivier nos devuelve al estudio de los alcances y consecuencias de los procesos de movilización, al proponernos estudiar las dinámicas de protesta destacando tanto su dimensión subjetiva como política. Para ello, proponen las categorías de resonancias biográficas e históricas a manera de dar cuenta de ciertos *outcomes* de

la movilización social. Este trabajo resulta significativo debido a que realiza tres puentes que hacen más robusto al mapa trazado, a partir de la presentación de ejemplos en la aplicación de la propuesta: resaltan aspectos metodológicos del trabajo con las resonancias; muestran sus alcances en relación con las historias de vida; y lo vinculan a la investigación de ciclos de protesta.

III

En este primer número del monográfico de la revista *Campos en Ciencias Sociales*, dedicado a la movilización y protesta social en contextos de crisis se analizan casos recientes de Argentina, México y Chile, a la vez que se trazan interesantes propuestas de abordajes teóricos y metodológicos que incluyen las dimensiones subjetivas, emocionales, políticas, estéticas, así como el estudio de eventos de protestas, el análisis de redes sociales, la utilización de la etnografía y la historia de vida. Incluso se trabaja alrededor de temas como la apropiación de las tecnologías o las consecuencias de las movilizaciones.

Tal diversidad nos permite proponer la metáfora del mapa del campo en la región. Se trata de un mapa que está en permanente elaboración y que, aunque siempre incompleto, permite un acercamiento a lo que sucede en el campo latinoamericano de los estudios de los movimientos sociales. Son nueve contribuciones, de catorce autores/as de diversos países y tradiciones, que dan a conocer tanto los resultados de largos y rigurosos procesos de investigación como la intención de seguir generando debate y nuevas líneas de análisis. Ahora bien, antes de iniciar la lectura del número, tenga a bien considerar una advertencia: el mapa no es el territorio.

Referencias

- Accornero, G. y Gravante, T. (2021). Bridging social movement studies between Global North and Global South. *Partecipazione e Conflitto*, 15(1), 193-202.
<https://doi.org/10.1285/i20356609v15i1p193>
- Auyero, J. (2003). *La protesta: retratos de beligerancia popular*. Libros del Rojas, Universidad de Buenos Aires.
- Bargsted, M. y Somma, N. (2015). La autonomización de la protesta en Chile. En C. Cox y J. C. Castillo (Eds.), *Aprendizaje de la Ciudadanía: Contextos, experiencias y resultados* (pp. 207-240). Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Camacho, D. y Menjívar, R. [Comps.]. (1989). *Los movimientos populares en América Latina*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Universidad de las Naciones Unidas.
- Calderón, F. (1983). *La política en las calles*. Ceres.

- Calderón, F. [Comp.]. (1986). *Los movimientos sociales ante la crisis*. Clacso/UNU/IISUNAM.
- Castells, M. (1974). *Movimientos sociales urbanos*. Siglo XXI.
- Dubet, F., Tironi, E., Espinoza, V. y Valenzuela, E. (2016[1989]). *Pobladores. Luchas sociales y democracia en Chile*. Ediciones UAH.
- Eckstein, S. [Ed.]. (2001). *Poder y protesta popular: movimientos sociales latinoamericanos*. Siglo XXI.
- Gohn, M. G. (1997). *Teorias dos movimentos sociais. Paradigmas clássicos e contemporâneos*. Loyola.
- Paredes, J. P., Tatagiba, L. y Ramírez, F. (2022). Tiempos turbulentos. Giros políticos y horizontes inciertos en América Latina. *Polis*, 21(61), 3-9.
<https://polis.ulagos.cl/index.php/polis/article/view/1723/2853>
- Schuster, F. y Naishtats, F. [Eds.] (2005). *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina Contemporánea*. Prometeo libros.
- Seoane, J. [Ed.]. (2003). *Movimientos sociales y conflicto en América Latina*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Svampa, M. (2008). *Cambio de época*. Siglo XXI.
- Svampa, M. (2010). *Movimientos Sociales, matrices socio-políticas y nuevos escenarios en América Latina*. Universitätsbibliothek Kassel.
- Svampa, M. y Pereyra, S. (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Biblos.
- Tarrow, S. (2009). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza.